

Que mi frente ardentísima cercaban?...
 Huyen, desaparecen, se deshacen,
 Y en pos llevan mis bárbaros furoros;
 Y objetos nuevos á mis ojos nacen.
 Madre!... adorada madre!... ¡dulce nombre
 Que el alma me arrebató y enajenó,
 Y de delicias mis sentidos llena!
 Ay!...vives y me amas,
 Y por mí triste! en angustiada pena,
 Lágrimas de dolor sin fin derramas.
 Hermanos, ay! hermanos que yo adoro
 Con todo el corazón, y á quien mi suerte
 Condena atroz á interminable lloro:
 Y tú, tierna beldad, que has encendido
 La llama en que he de arder hasta la muerte,
 Angélica divina, mas hermosa
 Que nace predilecta de Cupido,
 En el desierto purpurina rosa:
 Y vosotros también, fieles amigos,
 Dulcedumbre y consuelo de mi vida,
 Objetos todos de mi amor ardiente....
 En dónde, en dónde estais? — Pero qué escucho?
 Por la ferrada proa dividida
 Alguna onda rugiente
 Pudo tal vez al estrellarse.... Acaso
 El ronco viento entre la parda lona
 Y los mástiles....pudo.... ó gran portento!
 No es el silvar del viento,
 No es el hervir del mar. Es el acento
 De los objetos que mi amor implora....

No es ilusion: son ellos, corresponden
 A mi anheloso afán, y me responden:
 “Infeliz! Aquí estamos, en España.
 En este suelo do la luz primera
 Te fué dado gozar, y ardiendo en saña,
 Ahora maldices con audacia fiera.
 Aquí estamos, aquí, y en las mansiones
 Que te vieron nacer; y en los verjeles
 Donde tus dichas fueron,
 Y en ellas de consuno lamentamos,
 Y con nosotros mil y mil varones,
 Que del honor la senda no perdieron,
 La suerte desdichada,
 Que los hados crueles
 A ti, y á otros mejores previnieron.
 Y fervorosos votos levantamos
 Por ti, y por esta patria infortunada,
 No delincuente, no, sí malhadada.
 Aquí, en España estamos,
 Do suena el dulce hablar que tú mamaste,
 Do las nobles costumbres que heredaste
 De tus mayores, viven,
 Y nuestro culto sin cesar reciben.
 En esta patria, en fin, que desconoces,
 Y para quien pidieron con estrema
 Rabia, tus labios bárbaros y atroces
 Al cielo vengador, el anatema.”

No mas....ah! por piedad, no mas...; O acentos
 Que fuerais mi tesoro y alegría,
 Y en hórridos tormentos

Ahora despedazais el alma mia !!
 Basta, basta, qué horror !.... Mi labio pudo ?.....
 ¡ Por qué furia infernal emponzoñado.....
 ¡ Y no se abre la mar, la nave se hunde,
 Y á mí, monstruo infeliz, traga y confunde ?
 Patria ! patria !.... perdon, patria !.... adorado
 Nombre !.... ¡ Y pude un momento yo insensible
 Ser á tu encanto celestial ?.... Mi pena
 ¡ A qué hondo precipicio y cima horrenda
 Me llegó á conducir !.... Desventurado !
 Patria ! España infeliz, amada España,
 La sencillez de tus incautos hijos,
 No tu degradacion, causó tus males,
 Y pérfidos traidores
 Y tiranos, y alevos extranjeros
 Que uniendo contra ti su astucia y saña
 Tu libertad naciente te robaron,
 Y tu nombre y tu gloria mancillaron.
 Mas tiemblen : que sus triunfos pasajeros
 Serán, aun no le faltan vengadores.
 Y ay ! de los cazadores
 Cuando el leon que ataron con injuria,
 Ruja, y ardiendo en poderosa furia
 Rompa los gruesos nudos opresores,
 Que sus miembros fortísimos ligaron,
 Porque hundido en la fiebre le encontraron.

Sí, patria, el Númen que á mi labio ardiente
 De su grandeza y poderoso aliento
 Por la etérea region lleva mi mente,
 A mis ojos patente

Pone tu suelo todo. No traidores
 Y cobardes lo pueblan solamente :
 No, millares de buenos y esforzados
 En él descubro, cuyos brazos fuertes,
 Aunque á duras cadenas amarrados,
 Aguzan el puñal de la venganza,
 Y en honra ardiendo, y fulminando muertes,
 Los hierros de ignominia quebrantando,
 Te limpiarán de inicuos extranjeros :
 Te limpiarán de tus tiranos fieros,
 A tus hijos espúreos castigando,
 Y tu nombre y tus glorias restaurando,
 Será ; que en el sagrado firmamento
 Lo tiene escrito el dedo Omnipotente
 De luz con caracteres inmutables.

¡ Decreto celestial, que el alma mia
 Embarga de placer y de esperanza !
 Ah ! De tu cumplimiento.
 ¡ Cuándo en oriente brillará el gran dia ?
 Ley sempiterna que los orbes mueve ,
 Haz que en espacio breve
 Las esferas girando
 Traigan su ansiada luz. Ah ! Llegue cuando
 Del ardor juvenil, que espira, aun llenas
 Latan con fuerza y robustez mis venas ;
 Y aun conserven mis brazos poderío,
 Para que esgrimiendo la fulmínea espada
 El yugo de mi patria idolatrada
 Ayudar á romper con noble brio,
 Puedan en sangre infame de extranjeros

Y en el castigo atroz de los tiranos
 Empaparse mis manos,
 Y mis ojos saciarse los primeros.
 ¡ Cuán gozoso otra vez, ó patria mía,
 Por ti mi sangre verteré, gritando
Libertad y venganza, y proclamando
 Tus nuevas glorias! Y el hormoso día
 Que (cual en otro tiempo yo te viera
 En San Marcial de lauro coronada)
 Te admire Vidasoa en su ribera,
 Volaré del riscoso Pirineo
 A la cumbre de eterna nieve orlada,
 Y con la sacra lira de Tirteo
 Su triunfo cantaré, sobrepujando
 La voz del huracán, á las naciones
 Libertad anunciando,
 Al tremendo rugir de tus leones.

Mas si la injusta embrevecida suerte,
 O leyes inmutables del arcano
 Alejan, ay! el suspirado día
 De la reparacion; ah! venga al ménos
 Antes que airada la sañuda muerte,
 De su guadaña con potente mano,
 Descargue el golpe en la garganta mía.
 De lágrimas de amor mis ojos llenos,
 O dulce España, tus campiñas vean;
 Aun cuando blancos los que ahora ondean
 Rizos oscuros por mi cuello y frente,
 De la Parca inclemente,
 Miren alzada la cuchilla aguda,

Y abierto el lecho de la tumba muda,
 Libre, rico, feliz, independiente:
 Y aunque para mi yerno, sin amores,
 Deudos ni amigos, sus sepulcros pueda
 Visitar y regar con llanto y flores,
 Y en la natal ribera
 (Tal vez, ó Dios! entónces cuan mudada
 A impulso de los años voladores)
 Por do Guadalquivir manso camina,
 A la luz silenciosa de Lucina,
 Que resbala por plácidos alcores,
 Y en la riza corriente reverbera;
 Logre yo al aura dar la vez postrera
 Mis últimas canciones,
 Al son del arpa de marfil oyendo
 A mi labio cantar, patria, tu gloria,
 Los hombres que aun no son. Y maldiciendo
 Con ellos la execrable atroz memoria
 De tus hijos indignos y traidores
 Que ya no existirán; de los tiranos
 Que te destrozan pérfidos é insanos;
 Y de los extrangeros invasores;
 Romperé el arpa y moriré dichoso,
 Bajando á hallar el eternal reposo
 Al lado de mis ínclitos mayores.

Bella Hesperia, patria mía,
 Embriagado en la esperanza
 De que has de tener venganza,
 Mis pesares templaré.

Llegue el suspirado día,
Mirete yo venturosa,
Libre, triunfante y gloriosa,
Y contento moriré.

—o—

LA VUELTA DESEADA.

ROMANCE I.

ENTRE aquellos olivares
que Torreblanca domina,
y ciñen de un lado y otro
el camino de Sevilla,

Por un atajo atraviesa,
para llegar mas de prisa,
una carretela verde
con una gran vaca encima ;

Toda cubierta de barro,
tableros, muelles y viga,
de barro seco y reciente,
y de tierras muy distintas.

Cuatro andaluces caballos,
que en torno lodo salpican,
en humo y sudor envueltos
de ella presurosos tiran ;

Y del postillon las voces
con que los nombra y anima ;
del látigo los chasquidos,
que los acosan y ostigan ;

El son de los cascabeles,
y el de las ruedas que giran
rápidas, tras sí dejando
dos huellas no interrumpidas ;

Forman estruendo confuso,
y que viene posta avisan
á los carros y arrieros,
que acia un lado se desvían.

Dentro de la carretela
un hombre aun jóven camina,
que revuelve á todos lados
la desencajada vista.

Es Várgas : alegre torna
de su patria á las delicias,
después de vagar seis años
emigrado en otros climas.

Antiguos amigos halla
en cuantos objetos mira,
y en árboles, tapias, lindes
dulces memorias antiguas :

Lo pasado y lo presente
anudando va, y delira
entre esperanzas risueñas
y entre ya pasadas dichas.

—o—

Trastornos, persecuciones,
desventuras, injusticias,
en sus mas floridos años
le arrancaron de Sevilla,

A abandonando riquezas,

honores, nombre y familia,
y dejándose allí el alma
en el pecho de Jacinta.

Jacinta, encanto y adorno
de toda la Andalucía ;
y por sus luengas pestañas,
por su apacible sonrisa,

Por los graciosos hoyuelos
que avaloran sus mejillas,
por su cuerpo primoroso
y por sus formas divinas,

Por su gracia y su talento
y su modestia expresiva ;
el hechizo de los hombres,
de las mujeres la envidia.

Diez y seis años contaba,
cuando Várgas, alta dicha !
logró conmovier su pecho
y agitar su alma sencilla,

Al par que el amable joven
ardió en la pasión mas viva,
al mirar á una doncella,
tan inocente y tan linda.

En sus puros corazones
creció desde la hora misma,
y el trato y correspondencia
acreció en pocos días,

Un primer amor de aquellos
que las estrellas combinan,
amor que de dos personas

el destino eterno fija.

En los lazos de Himeneo
á unirse dichosos iban,
con el aplauso felice
de sus contentas familias ;

Cuando se alzó tronadora
la borrasca embravecida,
que, infelices ! confundiólos
del infortunio en la sima.

—o—

Seis años, oh cuán eternos !
Várgas por tierras distintas
huyó infelice, luchando
del Destino con las iras,

Sin encontrar de consuelo
ni de esperanza mezquina
un solo sueño de noche,
un solo rayo de día.

Las extranjeras beldades
estatuas le parecían,
las ciudades opulentas
que el orbe humillado admira,

Desiertos.... Ay ! pero puede
feliz llamarse en sus cuitas,
venturoso en su destierro,
afortunado en sus desdichas.

Creció el amor con la ausencia
en el pecho de Jacinta,
que la distancia y el tiempo,
al que es verdadero, afirman.

LA VUELTA DESEADA.

De cuando en cuando se cruzan
papeles que lo acreditan,
cartas trazadas con llanto,
cartas con el alma escritas.

—o—

ROMANCE II.

Todo en el mundo es mudable,
ni el bien ni el mal son eternos:
la apacible primavera
sigue al riguroso invierno;

A la oscura noche el día,
y á la borrasca, que al cielo
empañó con densas nubes
y asustó con rudos truenos,

La calma serena y pura.
Así suelen á los tiempos
de desventuras y llantos
seguir de paz y consuelo.

Del Rin en la orilla helada,
abrumado de sí mismo,
Várgas proscrito gemía
su fortuna maldiciendo;

Cuando noticias recibe
de que la patria le ha abierto
las puertas.... Júzgalo absorto
ilusion de su deseo;

Mas Jacinta se lo escribe,
y cuanto ella dice, es cierto.
Otra carta de la madre

LA VUELTA DESEADA.

de Jacinta.... que al momento
Vuele á Sevilla, le ruega,
en donde dará Himeneo,
el día de su llegada,
á tan constante amor premio.

—o—

No la paloma, que presa
llora en doloroso encierro,
si acaso un resquicio mira,
tiende apresurado el vuelo

Acia el palomar y nido,
en donde vió el sol primero;
ni el torrente, á quien contuvo
el malecon interpuesto,

En cuanto lo encuentra roto,
se arroja á su antiguo lecho,
y por él se precipita
acia la mar, que es su centro;

Tan veloces como Várgas
corre, sin tomar resuello,
á Sevilla: los instantes
Son para él siglos eternos.

Montes, llanuras, ciudades,
rios, Estados diversos
atras deja, y los caballos
de tardos acusa y lentos.

Ya salva las altas cumbres
del nevado Pirineo;
entra en España, ya escucha
la lengua de sus abuelos....

Qué importa? ni un solo instante
retarda su rauda vuelo.

Halla á cada paso amigos,
halla intereses y deudos:

No se para, corre, corre,
que tiene en Sevilla puesto
su afán, y hasta que descubra
la Giralda, no hay sosiego.

—o—

Apénas ha quince días
que en las márgenes del Reno
de su Jacinta la carta
leyó, juzgándolo sueño;

Y los caños de Carmona
ve ya á la diestra creciendo,
y al frente la antigua puerta,
para él la puerta del cielo.

Cualquiera mujer que mira
en mantilla y de paseo,
que es Jacinta que le espera,
juzga, y le palpita el pecho.

Al llegar se desengaña,
y en otra que ve mas léjos...
Jacinta fuera de casa
está, sí, sale á su encuentro.

Era en punto medio día:
entra por fin, y molestos
los guardas el carruaje
detienen corto momento.

Los maldice y les da oro,

por que le detengan ménos:
corre, al postillon le grita,
y torna á marchar de nuevo.

Por las retorcidas calles
echa pestes y reniegos
á cada lenta carreta,
á cada carro interpuesto,

Que á templar el paso obliga
de los caballos lijeros,
y anheloso á ver se llega
de la ciudad en el centro.

—o—

Oye de fúnebres cantos
el triste son desde léjos,
se aproxima, y por la calle
que va á tomar, un entierro

Pasa. Con hachas de cera,
pobres, vestidos de negro,
van de dos en dos; los siguen
las cofradías; á lento

Paso un féretro se acerca,
de un blanco paño cubierto,
con una palma y corona
de blancas flores... Agüero

Terrible! que es de doncella
principal y de respeto
el funeral le parece...
Hierva taciturno el pueblo

En derredor. Manda Várgas,
turbado con tal encuentro,

que tome por otra calle,
al postillon. Revolviendo

Este los caballos, torna
por un callejon estrecho,
y á la casa ansiada llega
despues de corto rodeo.

Mucha gente en los balcones
está, mostrando en sus gestos
sorpresa de que en tal dia
llegue á la casa un viajero.

—o—

Párase la carretela :
la puerta está abierta, yermos
el ancho portal y el patio ;
reina en la casa el silencio.

De un salto Várgas se apea ;
corre á la escalera presto ;
de ella por un lado y otro
de cera advierte un reguero

Reciente. Veloz la sube,
abre la mampara... Cielos !
colgada está la antesala
en reedor con paños negros.

Enlutada una gran mesa
mira colocada en medio,
y en sus cuatro ángulos arden,
sobre cuatro candeleros

De plata, cándidas velas
consumidas casi : el suelo
cubren deshojadas flores,

siemprevivas y romero.

Dios !... pobre Várgas ! absorto,
sin voz, sin alma, y en hielo
convertido, ni respira.

Ojos cual los de un espectro

Gira en derredor ; se ahoga
Sin respiracion su pecho.

Volviendo en sí un corto instante,
oye llorar allá dentro ;

Cuando se abre lentamente
una puerta que al mommento
se cierra, y un sacerdote
que por ella sale, lleno

De lágrimas el semblante,
(de dar en vano consuelo
viene á una madre infelice)
queda inmoble á Várgas viendo.

Várgas le mira, y no alienta ;
mas tras de breve silencio
rompe al cabo, y le pregunta
con un angustiado esfuerzo,

“ Dónde está ? ”... Quedóse helada
su lengua. Fáltale aliento
al turbado sacerdote,
y con agitado aspecto

Alza el rostro, y levantando
la diestra, señala al cielo.
Várgas le comprende ; arroja
un alarido de infierno ;

Huye veloz, la escalera

LA VUELTA DESEADA.

baja delirante, ciego
 nada ve, corre cual loco
 Por las calles, y muy presto
 Desaparece.—En Sevilla
 la noticia cunde luego
 de su llegada: le buscan
 sus amigos y sus deudos.
 Todo, todo en vano: algunos
 dan señas de que le vieron
 junto á la torre del oro,
 cuando el sol ya estaba puesto.

—o—

En un remanso, que forma
 el Guadalquivir no léjos
 de Gélves, á las dos noches
 unos pecadores vieron,
 A la luz de escasa luna,
 de un jóven ahogado el cuerpo
 vestido aun. Procuraron
 compasivos recogerlo;

Pero al llegar con la barca,
 y al agitar con los remos
 el agua, veloz corriente
 llevó el cadáver. Suspensos

Siguiéronle un corto rato
 con los ojos, y muy presto
 fué leve punto en las aguas,
 y de vista lo perdieron.

—o—
81

EL SOMBRERO.

ROMANCE I.

LA TARDE.

ENTRE Estepona y Marbella,
 una torre fulminada,
 hoy nido de aves marinas,
 y en otro tiempo atalaya,

Corona con sus escombros
 una roca solitaria,
 que se entapiza de espumas,
 cuando las olas la bañan.

A la derecha se extiende
 una humilde y lisa playa,
 cuyas menudas arenas
 humedece la resaca;

Y oculta entre dos ribazos
 forma una escondida cala,
 abrigo de pescadoras
 ó contrabandistas barcas.

A este temeroso sitio,
 mientras lento declinaba
 á ponerse un sol de otoño
 entre celajes de nácar;

Estando el viento adormido,
 la mar blanquecina en calma,
 y sin turbar el silencio

de las voladoras auras,

Sino el grito de un milano
que los espacios cruzaba,
y los de dos gaviotas,
cuyo tálamo era el agua ;

La divina Rosalía,
la hermosa de la comarca,
fugitiva y anhelante
llegó, sudosa y turbada.

—o—

Su gentil cabeza y hombros
cubre un pañolon de grana,
dejando ver negras trenzas,
que un peine de concha enlaza ;

Y de seda una toquilla,
azul, rosa, verde y blanca,
que las formas virginales
del seno dibuja y guarda.

Su gallardo cuerpo adorna
de muselina enramada
un vestido ; con la diestra
recoge la undosa falda,

Y el pié primoroso y breve,
que apénas su huella estampa
en la movediza arena,
mas limpio desembaraza.

Bajo el brazo izquierdo tiene
un envoltorio de nada,
cubierto con un pañuelo,
do el jalde y rojo resaltan.

Inocente Rosalía !
qué busca allí ?... Temeraria !
¡ Cuál su semblante divino,
lleno de vida y de gracia,

Desencajado se muestra !...
qué palidez !... qué miradas !...
está haciendo, bien se advierte,
un grande esfuerzo su alma.

¡ Sí, los ojos brilladores,
los ojos que tienen fama
en toda la Andalucía,
por su fuego y sus pestañas,

En el peñon, que lejano
apénas se dibujaba
entre la neblina, (seña
de mudarse el tiempo) clava.

Dos lágrimas relucientes
sus mejillas deslustradas
quemán, un hondo suspiro
del pecho oprimido arranca.

Queda suspensa un momento :
luego de pronto la cara
vuelve á Estepona, temblando :
juzga que una voz la llama.

Y la llama, es cierto.... Ay triste !
mas qué importa ? Otra, mas alta,
mas fuerte, mas poderosa,
desde Gibraltar la arrastra.

—o—

En el peñasco asentóse,

de la hundida torre basa,
miró en torno, y de su seno

sacó y repasó esta carta :
“ Sí, mi bien ; sin ti la vida
me es insoportable carga ;
resuélvete, y no abandones
á quien ciego te idolatra.”

“ Contigo nada me asusta,
sin ti todo me acobarda.
Mi destino está en tus manos ;
ten resolucion, y basta.”

“ Resolucion, Rosalía,
cúmpleme pues tus palabras :
no tendrás que arrepentirte,
te lo juro con el alma.”

“ En cuanto venga la noche,
volaré sin mas tardanza
al sitio aquel que tú sabes,
en una segura lancha.”

“ Espérame, vida mia :
si no te encuentro, si faltas,
ten como cierta mi muerte.
Corro al momento á la plaza”

“ De Estepona, allí pregono
mi proscrito nombre, y paga
de mi amor será un cadalso
delante de tus ventanas.”

Se estremeció Rosalía,
no leyó mas, y borraaban
sus lágrimas abundantes

las letras de aquella carta.
Llévala á los labios frios,
la estrecha al seno con ansia,
mira al cielo, *Estoy resuelta*,
dice, y se consterna y calla.

—o—

Torna al peñon (que parece
una colosal fantasma
con un turbante de nubes,
de nieblas con una faja)

La vista otra vez. La extiende
por la mar, que muerta y llana,
fundido oro se diría
del sol poniente en la fragua.

Juzga ver un negro punto
que se mueve á gran distancia :
ya se muestra, ya se esconde.
Será?...oh Dios!...Será?...La escasa

Luz del crepúsculo todo
lo confunde, borra y tapa.
Con los ojos Rosalía
los resplandores, que aun marcan

La línea del horizonte,
sigue. Una nube la espanta,
que por el sur aparece,
oscura y encapotada ;

Y aun mas el ver acercarse
por allí dos velas blancas,
cuyas puntas ilumina
del sol ya puesto la llama.

—o—

ROMANCE II.

LA NOCHE.

Entró la noche ; con ella
despertándose fué el viento,
y el mar empezó á moverse
con un mugidor estruendo.

Las nubes entapizando
el oscuro y alto cielo,
la débil luz ocultaban
de estrellas y de luceros.

No había luna ; densas sombras
en corto rato envolvieron
tierra y mar. De Rosalía
ya desfallece el esfuerzo.

Arrepentida, asombrada,
intenta.... No, no hay remedio,
cierra los ojos, é inclina
la cabeza sobre el pecho.

La humedad la hiela toda,
corto abrigo es el pañuelo ;
tiembla de terror su alma,
tiembla de frio su cuerpo.

Si cualquier rumor la asusta,
más sus mismos pensamientos ;
pues ni uno solo le ocurre
de esperanza ó de consuelo.

Las velas que ha divisado
cuando el sol ya estaba puesto,

la atormentan, la confunden.
Las ha conocido : cielos !

Son, sí, las del guardacosta,
jabeque armado y velero,
terror de los enigrados,
de contrabandistas miedo.

—o—

Infelice Rosalía !....

á las ánimas de léjos
tocar las campanas oye
de la torre de su pueblo.

¡ Oh cuánto la sobresaltan
aquellos amigos ecos !
Parécele que son voces
que la nombran.—Gran silencio

Reinó despues largo espacio.
Las olas, que van creciendo,
llegan á besar la peña,
de Rosalía los tiernos

Piés mojan.... y no lo advierte :
clavada está. Los destellos
de la espuma que se rompe,
secas algas revolviendo,

La deslumbran. De continuo
la reventazon inciertos
fugitivos grupos blancos
le ofrece del mar en medio,

Cual pálidas llamaradas.
Ella piensa que los remos

y la proa de un esquife
las causan.... Vanos deseos!

—o—

Así pasó largas horas,
cuando un lampo ve de fuego
en alta mar, y en seguida
oye al cabo de un momento

Poumb!... y retumbar en torno
como un pavoroso trueno,
que se repite y se pierde
de aquella costa en los huecos.

Ve pronto acia el lado mismo
otros dos ó tres pequeños
fogonazos; mas no llega
el sordo estampido de ellos.

Otra roja llamarada....

Poumb! otra vez.... Dios! qué es esto?
Repitiéndose perdióse
este son como el primero.

No hubo mas: creció furioso
el temporal, y mas recio
sopló el sudoeste; las olas
de Rosalía el asiento

Embisten, de agua salobre
la bañan; estar mas tiempo
no puede allí: busca abrigo
de la torre entre los restos.

La lluvia cae á torrentes,
parece que tiembla el suelo;

dijérase ser llegada
ya la fin del universo.

—o—

ROMANCE III.

LA MAÑANA.

RAYA en el remoto oriente
una luz parda y siniestra; bian
á mostrarse en vagas formas
Ya los objetos empiezan.

Espectáculo espantoso
ofrece naturaleza,
las olas como montañas,
movibles y verdinegras

Se combaten, crecen, corren
para tragarse la tierra,
ya los abismos descubren,
ya en las nubes se revientan.

Rómpense en las altas rocas
alzando salobre niebla,
y la playa arriba suben,
y luego á su centro ruedan

Con un asordante estruendo:
silba el huracan, espesa
lluvia el horizonte borra,
y lo confunde y lo mezcla.

—o—

La infelice Rosalía,
toda empapada, cubierta
con el pañolon mojado,

EL SOMBRERO.

que ó bien la ciñe y aprieta,
 O agitado por el viento,
 le azota el rostro y flamea,
 volando ya desparcidas
 fuera de él las negras trenzas ;

Falta de aliento, de vida,
 el alma rota y deshecha,
 asida de los sillares
 se aguanta inmóvil y yerta.

Aparición de otro mundo,
 Sílfida, á quien maga artera
 cortó las ligeras alas,
 la juzgaran, si la vieran.

Tiende espantados los ojos
 por el caos : nada encuentra
 que socorro ó que consuelo
 en tal apuro le ofrezca.

Descubre que una gran ola,
 que tronadora se acerca,
 entre las blancas espumas
 envuelve una cosa negra :

De ella no aparta los ojos,
 ve que en la playa se estrella,
 que al huir deja un sombrero
 rodando sobre el arena,

Y una tabla.— Rosalía
 salta de las ruinas fuera,
 corre allá, mientras las olas
 se retiran. No la aterra

Otra mayor, que se avanza

EL SOMBRERO.

mas hinchaha, mas soberbia.
 Ve en el madero lavado
 los restos de sangre fresca....
 Coge el sombrero....infelice !
 Lo reconoce....las fuerzas
 le faltan, cae, y al momento
 precipitase sobre ella

Una salobre montaña
 que la playa arriba entra,
 y rápida retrocede,
 no dejando nada en ella.

—o—

Cual si dar, tansolo objeto
 de la borrasca tremenda,
 lecho nupcial en los mares
 á dos infelices, fuera ;

A templar su furia ronca
 los huracanes empiezan,
 bajan las olas, la lluvia
 se disminuye, y aun cesa.

Rómperse el cielo de plomo,
 y por pedazos se muestra
 el azul, que ardientes rayos
 de claro sol atraviesan :

Ya se aclara el horizonte ;
 por el lado de la tierra
 fórmanlo azules colinas,
 que aun en parte ocultan nieblas.

Una línea verde, oscura,
 movable, lo forma y cierra

EL SOMBRERO.

del lado del mar, y asoma
la claridad detras de ella.
Aunque silba duro el viento,
aunque es la resaca recia,
torna al mundo la esperanza
de prolongar su existencia.

—o—

En esto una triste madre
y un tierno hermanillo llegan,
buscando á su Rosalía,
á aquella playa funesta.

Llenos de lodo, empapados,
muertos de cansancio y pena,
tienden en reedor los ojos,
y nada, oh martirio ! encuentran.

Al retroceder las aguas,
unas femeniles huellas
de pié breve reconocen
estampadas en la arena.

“Rosalía !...Rosalía !!!”

Gritan, y no oyen respuesta.
Van á la arruinada torre,
y hállanse sobre una piedra

Un envoltorio deshecho
entre fango, espuma y tierra,
y un pañuelo rojo y jalde,
que le sirve de cubierta.

EL CONDE
DE VILLAMEDIANA.

ROMANCE I.

LOS TOROS.

ESTA en la plaza mayor
todo Madrid celebrando
con un festejo los dias
de su rey Felipe cuarto.

Este ocupa, con la reina
y los jefes de palacio,
el regio balcon, vestido
de tapices y brocados.

En los otros, que hermosean
reposteros y damascos,
los grandes con sus señoras,
y los nobles cortesanos

Ostentan soberbias galas,
terciopelos y penachos.
Las damas y caballeros
llenan los segundos altos,

Y de fiesta gran gentío
los barandales y andamios,
jardin do á impulso del viento
ondean colores varios.

Ante la panadería,
del balcon del rey debajo,